

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS
FILOSOFÍA, CONCEPTOS PSICOLÓGICOS
Y PSIQUIATRÍA

Herder

www.herder.com.mx

Diseño de cubierta: Claudio Bado/somosene.com

Formación electrónica: somosene.com

La presente edición estuvo al cuidado del autor.

Esta obra se terminó de imprimir y encuadernar en 2016
en los talleres de Impresos Vacha.

© 2016, Editorial Herder, S. de R.L. de C.V.

Tehuantepec 50, colonia Roma Sur

C.P. 06760, Ciudad de México

© 2016, Alejandro Tomasini Bassols

ISBN (México): 978-607-7727-54-5

ISBN (España): 978-84-254-3406-8

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de
los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Impreso en México / Printed in Mexico

Herder

www.herder.com.mx

www.herder.com.mx

INTRODUCCIÓN

Pensándolo bien, creo que debería iniciar esta “Introducción” confesando que una de las motivaciones más fuertes que tuve para la redacción de los trabajos que componen esta nueva colección de ensayos fue el aburrimiento. Tengo en mente, sobre todo, la clase de soporcio y de parálisis intelectual que provoca un panorama filosófico en lo esencial árido y estático. A mi modo de ver, en efecto, la filosofía de la mente contemporánea (y no sólo esa rama de la filosofía) está, por así decirlo, completamente agotada, en el sentido de que, independientemente de cuán sutiles o sofisticadas se hayan vuelto las disquisiciones que en ella se desarrollan, con lo que nos encontramos no es más que con los mismos enredos, las mismas tesis, los mismos programas de “investigación”. Asistimos, naturalmente, a una renovación permanente de terminología, pero al no hacer otra cosa que revestir con un nuevo ropaje lingüístico antiguos temas lo único que se hace es generar un espejismo de progreso en

la comprensión y en la resolución de los problemas heredados. Ello, sin embargo, no pasa de ser una dañina ilusión. Para empezar a delinear, muy a grandes rasgos, este punto de vista, quizá sea útil establecer un parangón, que considero ilustrativo, entre la situación que prevalece en la filosofía de la mente y un hecho de la cultura mexicana contemporánea por todos conocido. Veamos rápidamente de qué se trata.

Como lo saben todos quienes han mantenido algún contacto permanente, por general que sea, con la cultura popular mexicana de nuestros tiempos, ha sido por culpa sobre todo de los dueños de las compañías televisoras, de las estaciones de radio, de los productores y organizadores de eventos y en general de los caciques y administradores de la producción musical nacional que en México hace ya mucho tiempo se dejó de producir música fresca, novedosa, original. ¿Quiere eso decir que no hay artistas musicales espléndidos en México, como los hay en las artes visuales, por ejemplo? Desde luego que no. Lo único que significa es que, por caprichos de los negociantes de la música, la genuina producción musical mexicana simplemente no llega al público. Esta situación explica por qué, por ejemplo, lo que las estaciones de radio que difunden música popular le dan al público son o productos de pésima calidad, que son los que imponen los dueños del *show-business* mexicano, o los mismos repertorios de canciones de otros tiempos, esto es, de éxitos musicales de épocas en las que esos

productos eran la expresión musical genuina de un pueblo. En la actualidad, por lo tanto, de hecho sólo se escuchan en la radio las mismas canciones de antaño sólo que interpretadas de los más diversos modos por los más variados intérpretes del momento. Los radioescuchas, por lo tanto, de hecho sólo pueden oír, una y otra vez, básicamente lo mismo de siempre.

Retomando la situación de la filosofía contemporánea, mi punto de vista es que, *mutatis mutandis*, a pesar de las importantes diferencias que pudiéramos discernir entre ellos, lo que los filósofos del momento producen y liberan a través de artículos, capítulos de libros, conferencias, volúmenes completos es básicamente lo mismo, es decir, la misma clase de material filosófico que desde hace ya décadas resulta teóricamente inservible, intelectualmente aburrido, filosóficamente inútil. Ahora bien, no deberíamos apresurarnos a proceder como lo hacen en su gran mayoría los profesionales de la filosofía, esto es, asegurar una y otra vez que los fracasos en los que desemboca la filosofía de la mente de nuestros tiempos son, por así decirlo, contingentes, pero que con el incontenible avance del conocimiento científico (algo que nadie osaría poner en tela de juicio) y el refinamiento de nuestros instrumentos de análisis, de nuestros nuevos aparatos conceptuales, el progreso en filosofía no sólo es potencialmente asequible sino que está garantizado y tarde o temprano la humanidad alcanzará lo que podríamos llamar ‘verdades filosóficas’, esto es, verdades definitivas, tan

bien establecidas como lo están las de las diversas ciencias, sobre los tópicos filosóficos que todavía hoy nos perturban.

Desde mi perspectiva, un punto de vista como el recién expresado es el resultado de inferencias precipitadas y de incomprensiones profundas de diversos temas, incomprensiones todas ellas fundadas en descripciones incompletas de situaciones lingüísticas y en aplicaciones anormales de conceptos. En relación con esto es interesante constatar que toda esa inmensa flora y fauna filosóficas, esto es, la inmensa cantidad de productos filosóficos de eso que se conoce como 'filosofía analítica', se erige sobre una plataforma común. Ésta está constituida por un conglomerado, más o menos nítido, más o menos amorfo, de interpretaciones de expresiones, de prejuicios lingüísticos, de mitos epistemológicos y, en general, de errores de la más variada índole. De ahí que, independientemente de que se discutan planteamientos o tesis filosóficas de J. Searle, de J. Fodor, de D. Dennett, de D. Davidson, de S. Kripke y así indefinidamente, lo que se discute es en lo esencial lo mismo. En todos los casos nos topamos con fracasos explicativos totales fundados en formas absurdas de usar las palabras y en interpretaciones casi fantásticas de nuestros modos naturales de expresarnos que sólo pueden generar cadenas infinitas de sinsentidos. Naturalmente, como parte de esa plataforma compartida por la inmensa mayoría de los filósofos profesionales, como un coro-

lario inevitable de sus posiciones filosóficas, está el repudio total, consciente o implícito, de lo que podemos llamar el ‘modo de pensar wittgensteiniano’. Quizá sea útil hacer algunas breves consideraciones en torno a este punto.

No es un misterio para nadie, supongo, que lo que se discute en la actualidad son los mismos temas que enfrentó Descartes en el siglo XVI, así como los que de manera natural fluyen de sus planteamientos. Al igual que hace cuatro siglos, los filósofos siguen inmersos en los problemas causados por el dualismo sustancial defendido por Descartes. Es cierto que en nuestros días el dualismo sustancial no es tan popular como lo fuera otrora y casi podría sostenerse tajantemente que de hecho ha sido abandonado, pero aquí lo importante es entender que si lo fue lo fue para sencillamente ser remplazado por un dualismo de propiedades. El nuevo planteamiento, naturalmente, trae aparejados nuevos temas y nuevas dificultades, pero lo cierto es que ello no anula el hecho de que la cuestión de la conexión entre sustancias es básicamente la misma que la de la conexión entre estados mentales y estados físicos. Habría, pues, que reconocer que, en cierto sentido, el problema original de alguna manera cambió: ya no se discute la conexión entre la sustancia “mente” y la sustancia “cuerpo”, entre otras razones porque muchos consideraron que la noción de sustancia ya no es útil filosóficamente, y en cambio sí se discute con entusiasmo la cuestión de la po-

tencial conexión entre estados mentales y estados físicos. Otra variante del dualismo cartesiano es el dualismo de leyes: las cosas son neutrales, pero algunas se agrupan de conformidad con las leyes de la física en tanto que otras lo hacen en concordancia con las leyes de la psicología. Yo en lo personal no tengo el menor inconveniente en que se llame a cambios terminológicos como los mencionados ‘progreso’, sólo que soy totalmente escéptico (para decirlo suavemente) respecto a que dicha descripción tenga alguna utilidad real. En todos los casos se trata básicamente de uno y el mismo tema sólo que presentado de modos ligeramente distintos. Ejemplos así abundan. En el siglo XVII era común recurrir al concepto de Dios para generar explicaciones. En la actualidad “Dios” ha quedado completamente descartado, pero no es difícil ver que en muchos sentidos y para muchos efectos fue sustituido por “cerebro”. O sea, el rol explicativo que antes jugaba “Dios” ahora lo desempeña “cerebro” (es el punto final de las explicaciones, se apela a él aunque no se tenga ni idea de cómo funciona, es el supuesto fundamental en toda clase de disquisiciones, etc.). La idea cartesiana de “espíritus-animales” embona muy bien con la idea chomskiana de “mente/cerebro”, un constructo pseudo-teórico totalmente artificial, aderezado para no tener que ver de frente el problema del dualismo. Por su parte, los monismos de todas las variedades imaginables (neutral, anómalo, etc.) no son sino intentos de superación del problema

“mente/cuerpo”. La lista podría extenderse tanto cuanto quisiéramos, pero ni mucho menos es mi objetivo intentar aquí y ahora desarrollar un estudio de filosofía comparada entre, digamos, las filosofías de la mente o las epistemologías de los siglos XVI y XX. Lo único que quería era ilustrar un punto de vista en favor del cual de todos modos se puede argumentar de manera más abstracta, a saber, que hay una diferencia radical, inexistente en otros casos de oposición filosófica, entre los modos convencional y wittgensteiniano de hacer filosofía.

Debo reconocer que considero estar más allá de toda discusión sensata el hecho de que es sobre Ludwig Wittgenstein sobre quien recae el inmenso mérito de haber desmantelado múltiples enredos de pensamiento, vistos en general como problemas eternos, al exhibir mediante técnicas filosóficas novedosas sus absurdas presuposiciones. Esto es algo que de manera paradigmática Wittgenstein realizó en diversas ramas de la filosofía. La filosofía de la mente en particular fue una rama de la filosofía por cuyos temas Wittgenstein siempre manifestó un interés especial y en la que se ejerció con particular éxito. Además de sus textos clásicos de los años 30 y de sus escritos finales, hay por lo menos cuatro volúmenes dedicados a temas de filosofía de la psicología. Dejando de lado temas a final de cuentas un tanto bizantinos y pueriles, como si ese último Wittgenstein estaba tratando de hacer algo radicalmente diferente de lo que hasta entonces

había venido haciendo, lo cierto es que esos escritos echan luz, dan ganas de decir ‘espectacularmente’, sobre multitud de conceptos psicológicos y sobre la naturaleza de la psicología. Sobre esto quisiera hacer unas cuantas aclaraciones.

En mi opinión, el trabajo del Wittgenstein de la madurez en relación con temas de filosofía de la mente tiene dos grandes etapas. Durante la primera Wittgenstein enfrenta enredos filosóficos concretos, esto es, algunos de los grandes problemas clásicos (el problema mente/cuerpo, la naturaleza del “yo”, la identidad personal, la cuestión de las otras mentes, la privacidad de la experiencia, por no citar más que algunos), y da cuenta de ellos de manera paradigmática, por así decirlo, estrenando su nuevo enfoque y su nueva metodología, esto es, sus nuevas estrategias de elucidación filosófica. La segunda etapa, en cambio, es más bien la del análisis conceptual. En esta etapa Wittgenstein se aboca a darnos, por así decirlo, los perfiles de los conceptos filosóficos. Es así como pasa en revista, en un modo único pero muy efectivo de esclarecimiento conceptual, tanto las categorías psicológicas fundamentales (“emoción”, “creencia”, “pensamiento”, “percepción”, “conciencia”, “autoconciencia”, la dicotomía “interno/externo”, etc.) como conceptos psicológicos particulares (“miedo”, “expectativa”, “alegría” y muchos más). El trabajo de Wittgenstein es formidable, tanto por algunos resultados que a mi modo de ver son simplemente defi-

nitivos, como el esclarecimiento conceptual realizado en lo que obviamente era un trabajo pionero y que sigue siendo sin paralelo. Quizá lo único que podría dejarnos un tanto insatisfechos es el hecho de que, sin duda alguna por falta de tiempo, Wittgenstein no tuvo ya la oportunidad de plasmar todos sus resultados en lo que sin duda alguna habría sido algo así como *Investigaciones Filosóficas Parte II* o quizá *Nuevas Investigaciones Filosóficas*. Su prematura muerte (Wittgenstein murió a los 62 años) le impidió redondear lo que fue una excepcionalmente ardua labor de investigación filosófica.

A lo largo de muchos años las filosofías de Wittgenstein han sido para mí no sólo objeto de estudio sino también de aliento filosófico. Como lo enunciado y explicado en numerosas ocasiones, Wittgenstein tiene la singular virtud de impulsar a otros a que hagan filosofía por cuenta propia. Durante años he abordado, desde diversos ángulos, lo que más arriba llamé la ‘primera etapa’ de la filosofía de la mente de Wittgenstein. Esta es la etapa que habría que llamar ‘gloriosa’ por lo impactante de los resultados obtenidos. Es también la fase más destructiva de la labor filosófica de Wittgenstein y lo que éste logra es en verdad impresionante: todos los temas que él enfrenta, problemas clásicos de filosofía de la mente, quedan pura y llanamente desmantelados. Lo que ha resultado increíble es precisamente que generaciones de filósofos profesionales posteriores a Wittgenstein

hayan tranquilamente ignorado sus resultados, dedicándose a replantear los problemas que en lo esencial él ya había totalmente desarticulado. Esto tiene que ver con lo que mencioné al principio concerniente al aburrimiento en filosofía. El trabajo filosófico en la actualidad (y desde luego no sólo en filosofía de la mente) consiste precisamente en volver a plantear todos esos enredos y nudos conceptuales de los cuales Wittgenstein ya nos había liberado. Dado que al día de hoy, hasta donde yo sé, no hay nadie que se jacte de haber refutado a Wittgenstein, no me quedaba más que tomar como plataforma los resultados wittgensteinianos, adentrarme en el terreno del análisis de los conceptos psicológicos y tratar por cuenta propia de seguir adelante con alguna temática en la cual yo pudiera servirme de los resultados alcanzados por Wittgenstein. Fue así como, poco a poco, fui llegando a la convicción de que el terreno fértil *ad hoc* para el trabajo filosófico no redundante, no repetitivo y en el que se pudieran aprovechar las lecciones de Wittgenstein era la psiquiatría. La filosofía de la psiquiatría me parece ser la prolongación natural de la filosofía de la mente, cuyos resultados obviamente presupone.

Son, pues, algunas consideraciones sobre algunos conceptos psicológicos fundamentales y, con base en ellos, algunas reflexiones sobre la psiquiatría (su naturaleza, los peligros que entraña, las incomprendiones que la desvirtúan, etc.) lo que, en un espíritu wittgensteiniano, a continuación ofrezco.